

Otro 14 abril de la mano del imperialismo

Otro 14 de abril. Y van ya 80 desde que se proclamase la II República española. Prestas a celebrar la efeméride todas las organizaciones de izquierdas, autoproclamadas a su vez *comunistas*, emiten pomposos comunicados y quitan, con *encomiable gallardía*, las telarañas a la vieja bandera de Gasset, de Alcalá-Zamora y de Manuel Azaña. Pero en esta pantomima no sólo los PCE, PCPE, PCE (M-L), UP... sienten morriña de los hechos acaecidos hace ocho décadas. Empresas de comunicación, “*tan alejadas*” de la propaganda burguesa, como el diario *Público* o RTVE, también se visten de gala tricolor en este mes de abril, rememorando aquellos años en que la burguesía española hubo de colocar una franja malva en su trapo nacional para poder seguir ejercitando su dictadura de clase.

Y es que la línea política y argumental del republicanismo *comunista* sobre la II República no varía en absoluto respecto del discurso oficial de medios y académicos burgueses. La manida *legalidad republicana*, las consignas de *libertad*, *igualdad* y *fraternidad*, y como tema estrella la elección “*democrática*” del Jefe del Estado, parecen ser los puntos de los cuales deben asirse quienes pretenden proclamar la III República en el Estado español. Y para nada debe extrañarnos que estas *singulares* banderas sean enarboladas sin rechistar por la *pluralidad* orgánica del revisionismo pues su misión en esta sociedad es encadenar los ideales revolucionarios y enclaustrarlos en los dominios de la vieja sociedad burguesa, ahogando las ansias de independencia ideológica y política del proletariado y supeditándolo a los intereses de esta o aquella fracción de la burguesía monopolista.

Pero vayamos al meollo del 14 abril. ¿Qué fue la II República?

A finales del segundo decenio del siglo XX la crisis del sistema político nacido de la Restauración borbónica era ya insostenible. Empantanada en la guerra colonial de Marruecos, con una industria en crisis por una Europa que empezaba a levantarse tras la IGM, con unas burguesías nacionales que empezaban a reclamar una posición de privilegio dentro del Estado y, sobretodo, con un proletariado dispuesto para el combate y curtido ya en la lucha de clases, que dio el primer gran susto en la Semana Trágica de Barcelona y que atemorizó seriamente al capital con la Huelga General Revolucionaria de 1917 y durante todo el *Trienio Bolchevique* (1918-1921), cuando los vientos del Octubre Soviético hicieron poner a los burgueses patrios sus barbas a remojar, la estructura política que había servido a la clase dominante española hasta entonces hacía agua por todos los lados.

La burguesía se corroía por sus contradicciones internas y no era capaz de consensuar un sistema político acorde con las aspiraciones de su sector imperialista y con las de los pequeños burgueses que bregaban por constituirse en una clase social con cuota de poder a nivel estatal. Los gobiernos se desmoronaban uno tras otro y la burguesía tuvo que tirar de dictadura militar, encabezada por Primo de Rivera, para asentar la situación. Este puso cierto *orden* en las colonias africanas, aceleró la economía, *vía estatal*, para contentar a los burgueses, aplastó al proletariado revolucionario organizado en el PCE y la CNT, y enseñó a la burguesía monopolista los suculentos réditos que se podían extraer del pacto con la aristocracia obrera, representada ya en ese período por la UGT y el PSOE. Lección magnífica para los capitalistas españoles que no tardaron mucho en poner en práctica como estrategia del futuro Estado republicano.

Pero el parche militar, duró lo que duró. La crisis mundial de finales de los 20 llegó pronto a la paupérrima economía española y todos los males para el sistema burgués aliviados por la dictadura de corte fascista se reprodujeron. Era por tanto necesaria una reconfiguración del Estado para que fuese reflejo fiel de la correlación de fuerzas de las clases sociales existentes en el país, que se habían desarrollado desde finales del siglo XIX. Con la victoria republicana en las municipales de abril de 1931 tamaño tarea por fin podía llevarse a cabo.

Del régimen fascistizante de Primo de Rivera se pasó al Estado *democrático* republicano. La dictadura del capital tomaba nuevas características, se ampliaba la democracia incorporando a la pequeña burguesía, a nacionalistas y a la aristocracia obrera, que si bien ya habían estado presentes en labores de Estado, ahora lo iban a hacer con plenos derechos, expuestos constitucionalmente.

Sustancialmente apenas hubo cambios. El carácter de clase del Estado era el mismo. Los obreros, si bien gozaban de mayores libertades rebotadas por la ampliación de la democracia burguesa, sufrían tanta explotación y represión como bajo la monarquía. El aparato represivo del Estado se iba a modernizar: se creó la Guardia de Asalto y el excesivo burocratismo del Ejército colonial iba a pasar la criba de la *reforma democrática* pero manteniendo, lógicamente, su carácter clasista de exterminador de los proletarios y los pueblos. De hecho este mismo ejército republicano que aplastó sin miramientos a la Comuna de Asturias, fue el que se *alzó* en el 36 sin cambiar un ápice de su estructura interna. La política imperialista del Estado español no iba a variar ni en África ni en la Península, a pesar de la conformación de la Generalitat Catalana que era, como son hoy las CCAA, una concesión de autogobierno dentro de la unidad inquebrantable de España, que el poder central otorgaba a los burgueses catalanes.

En aquellos años el débil Partido Comunista de España (SEIC) mantuvo en alto la bandera roja del Socialismo y la Dictadura del Proletariado. Su visión economicista y espontaneísta de la Revolución, como reproducción de la línea oficial del Comintern en los años 30, le enajenarían su papel de vanguardia como conductor de las masas hacia la imposición de su dictadura de clase. Esta línea estratégica de la IC se conformó como intentona de la vanguardia revolucionaria para escapar del período de repliegue a que se vio sometida la Revolución Proletaria Mundial tras las derrotas que sufrieron las distintas revoluciones en Europa (Hungría, Alemania, Finlandia...). Todo pasaba entonces por la acumulación de fuerzas en torno a las reivindicaciones concretas de las masas, que se derivaban de los virajes económicos y políticos del capital, dejando de lado la iniciativa de la vanguardia comunista y convirtiendo a ésta en combatiente por las luchas parciales de las masas, que apuntalaban la situación de éstas como clase subalterna y permitían a la verdadera vanguardia del resistencialismo y el espontaneísmo, la aristocracia obrera, acumular fuerzas de cara a luchar por sus intereses de clase insertos de lleno en la perpetuación de la dictadura del capital. No obstante respecto de los principios marxistas sobre el carácter de clase del Estado, el PCE y la IC aún los mantenían claros y entendían que la reciente República Española era tan sólo el modo en que los burgueses iban a eternizar su dictadura de clase contra los proletarios y los pueblos oprimidos, siguiendo así la estela roja de Lenin que tan solo unos años antes había expresado, al **mostrar** el carácter de clase del Estado, que: "La omnipotencia de la "riqueza" es *más segura* en las repúblicas democráticas, porque no depende de la mala envoltura política del capitalismo. La república democrática es la mejor envoltura política de que puede revestirse el capitalismo, y por lo tanto el capital, al dominar (...) esta envoltura, que es la mejor de todas, cimenta su Poder de un modo tan seguro, tan firme, que *ningún*

cambio de personas, ni de instituciones, ni de partidos, dentro de la república democrática burguesa, hace vacilar este Poder.” (*El Estado y la Revolución*)

Comparemos las palabras del bolchevique con las de los actuales republicanos del PCE, en su empeño por **ocultar** que el Estado es un arma de opresión entre las clases y que la Tercera República solo significará, dictadura del capital: “La República, no es otra cosa que la gestión democrática del Estado y de lo Público en base al interés general.” (*Manifiesto del PCE para el 14 de Abril. 2011*) Este aserto republicano, que hoy enarbolan los autodenominados *comunistas*, bien podría haber sido extraído de cualquier manual de derecho administrativo de la Unión Europea.

Pero la política del Partido Comunista en los primeros años de la II República no puede ser rememorada atendiendo sólo a los principios. Deberían ser nuestros pragmáticos revisionistas, tan pegados a lo concreto, los primeros que atendiesen a la práctica del P.C. entre 1931 y 1934. Cuando las masas revolucionarias se alzaron en Asturias contra la República burguesa y se lanzaron, aunque con resultado infeliz, a establecer la dictadura revolucionaria del proletariado. Y es que la Revolución de Asturias, gesta gloriosa del proletariado español, es, como la cuestión republicana en su conjunto, explicada como una revuelta en la que no importaban las clases ni su organización política, sino sólo las malvadas “derechas” que gobernaban la República y las *utópicas* “izquierdas” que pretendían salvarla. Y quienes dicen esto cometen un crimen contra la memoria de los bravos mineros rojos de Asturias, pues los convierten de revolucionarios armados en los *pepito grillo* de la legalidad burguesa, engañando a la clase obrera e idealizando, para perpetuarlo, el régimen de explotación capitalista, eso sí, en su versión republicana.

Porque los primeros años del Estado republicano muestran que las masas revolucionarias estaban en contra de este régimen político que ejecutaba los designios de la burguesía monopolista: en el campo fueron numerosas las revueltas anarquistas en lucha por socializar los campos hasta tal punto que para la Revolución de 1934, el movimiento anarquista estaba agotado y no pudo engrosar las filas del movimiento huelguístico y revolucionario. Las bases más profundas del PS y de la UGT, como en Asturias, apenas coincidían con el grueso de la organización que cogestionaba la dictadura republicana del capital. Y el PCE y las organizaciones a su izquierda (ICE, BOC), con escasa incidencia entre las masas, se oponían por igual a la República.

Situación ésta que demuestra que las masas de obreros y campesinos se oponían al “nuevo” Estado porque en él cristalizaban los mismos intereses de clase que en el “anterior” y unas relaciones sociales que los mantenían encadenados. Igualmente el que las masas estuvieran organizadas pero no lograsen alcanzar sus objetivos muestra las taras que tenía el movimiento revolucionario en el Estado español, principalmente, la inexistencia de vínculos entre la vanguardia revolucionaria y las masas, esto es la inexistencia del Partido Comunista de nuevo tipo que desplazase el núcleo de la Revolución de la espontaneidad y el resistencialismo de las masas a la conciencia revolucionaria y su imbricación con el movimiento obrero, con el ser social. Algo que ya se estaba gestando, como ocurriera en Rusia con el bolchevismo, en el Partido Comunista Chino que, desatendiendo los consejos del Comintern, experimentó exitoso la Guerra Popular como forma de unir vanguardia y masas en un todo social conformado por una suma de organizaciones generadas por y entorno a la vanguardia comunista con el severo objetivo de destruir el Estado burgués a través del Nuevo Poder en que las masas revolucionarias experimentaban su dictadura de clase.

En nuestro tiempo, como ya hemos dicho, se referencia la II República como ejemplo para la Tercera. De ahí su idealización por parte de un gran sector de la burguesía, que sólo pretende secar la ya maltrecha conciencia de las amplias masas proletarias describiendo al Estado como forma en que se gestiona el interés general de toda la *ciudadanía*. Y de esta cantinela interclasista bebe todo discurso republicano, hasta el más *comunista* de ellos.

Porque a lo máximo que llega el republicanismo *comunista*, es a presentar la III República como una necesidad objetiva e indispensable en el camino hacia el *Socialismo*. Pero nada más lejos de la realidad. Hoy la reverberación del republicanismo en los programas políticos de las organizaciones *revolucionarias* es el reflejo de su postración ante los intereses de clase de la burguesía, es la constatación del grado de descomposición al que ha llegado el movimiento comunista tras el cierre del Ciclo Revolucionario de Octubre. La III República es, como fue la Segunda, la bala en la recámara que se guarda el imperialismo español en caso de que su régimen peligre por el ascenso de un movimiento revolucionario organizado o las contradicciones en el seno del bloque dominante alcancen tal grado de virulencia que requieran la reestructuración del Estado burgués.

Quienes plantean hoy la *democratización* de la dictadura del capital, lo único que están haciendo es renegar de la transformación radical de la sociedad, confinando las luchas revolucionarias de las masas al institucionalismo reaccionario del que se ha dotado la burguesía monopolista para gestionar su Estado, ya revista este las formas de la monarquía borbónica o de la República tricolor. Porque toda consiga republicana pasa en nuestro tiempo por el sacrosanto parlamentarismo. Todos los *comunistas* arrepublicanados sintetizan su ideal de Tercera República en un *proceso Constituyente* previo *Referéndum democrático* entre Monarquía y República. Parecen pretender desencadenar la lucha de las masas por acabar con el régimen político monárquico para luego volver a encadenarlas a una urna electoral. Armar al pueblo para asestar un golpe a una facción de la clase dominante para luego volver a desarmarlas y acabar con ellas si es menester. Nada nuevo, es lo que hizo la burguesía en todas sus revoluciones durante el siglo XIX. Y es lo que pretende tener en reserva un sector de la burguesía imperialista en caso de colusión entre las mismas clases dominantes: un ejército de proletarios al servicio de la democracia burguesa, que pugne por la *justicia social* que dicten los mercados y por las *libertades* de la propiedad privada, que hasta podrá ser nacionalizada por el estado republicano-burgués en aras de proteger su *independencia nacional*. Enésimo trágico final el que espera al proletariado si se haya desprovisto de sus instrumentos de lucha, sin su Partido Comunista encabezado por la ideología de vanguardia. Los republicanos españoles quieren rememorar la película *Novecento*: los proletarios pondrán los muertos, serán incluso armados, pero una vez clarificado *el asunto* las fuerzas del orden burgués les irán a desarmar en pro de la Asamblea Constituyente en la que confluye *toda* la sociedad y el empresario *monárquico* mutado en *republicano* se reirá a carcajadas del obrero desarmado y le dirá *¡el patrón sigue vivo!* para luego invitarlo sutilmente a ir juntos como hermanos hacia los próximos comicios democráticos.

La claudicación ante el republicanismo, argumentada en la *necesaria* etapa intermedia, tiene como consecuencia la configuración de los *programas mínimos*. En ellos, y para *atraerse* a sectores de la burguesía, los arrepublicanados reúnen unas cuantas consignas democráticas que no rompen con el capitalismo y que ni mucho menos plantean que las contradicciones principales estén hoy entre proletarios y burgueses. No se quieren dar cuenta que son ellos los que han sido *atraídos* por la burguesía y por los intereses de las clases dominantes. Los revisionistas se sienten cómodos en la búsqueda de alianzas y *unidades* con la aristocracia obrera y la pequeña burguesía y para nada se plantean que lo que necesita el proletariado es

reconstituirse como clase independiente y *unirse* en torno al marxismo-leninismo como cosmovisión nueva y radical de las relaciones sociales que tiene como objetivo dotar a los oprimidos de la conciencia necesaria para subvertir el orden burgués y destruir la maquinaria estatal capitalista, bien madura ya para tal circunstancia y que *sólo* necesita de un contrincante ideológico y político que esté a la altura de las circunstancias.

Porque la madurez del capitalismo español implica que ya no quedan estados intermedios entre éste y el Socialismo. No quedan etapas económicas por recorrer en el camino hacia la dictadura proletaria. Y los *déficits democráticos* que se esgrimen para tales *necesidades* no son más que los inherentes al estadio del imperialismo en que nos hayamos donde los beneficios de la explotación capitalista han permitido a la burguesía conformar un régimen político en que un sector del proletariado se ha unido al monopolismo de Estado para ejercer su reaccionaria dictadura contra las masas hondas y profundas de la clase. Y desde esta alianza, sancionada en 1978, la burguesía puede permitirse el socavar los derechos democráticos de los proletarios tirando de *Consensos Sociales* en los que participan todos los beneficiarios de la democracia burguesa y de sus libertades. Algo que en el Estado español ya se vivió durante el período republicano con la *salvedad* de que la existencia de un movimiento revolucionario, estatal e internacional, arrancaba derechos y libertades a la burguesía en un contexto de encarnizada lucha interna entre las mismas clases dominantes.

El carácter imperialista de España hace que el periodo en que la burguesía abrazó sus valores de progreso haya quedado muy lejos en la historia y que todo movimiento que se realiza dentro del marco de la dictadura del capital tienda a la reacción. No hay programas mínimos que permitan al proletariado avanzar posiciones en aras de acometer la Revolución. Sólo la dictadura revolucionaria de las masas obreras es la que puede acumular fuerzas, porque en el Estado español las bases objetivas, económicas, para el Socialismo están sentadas desde inicios del siglo XX. Es del factor subjetivo del que se adolece para llevar a buen puerto el objetivo del Socialismo.

El problema fundamental es que el revisionismo traslada estas carencias políticas del proletariado a la estructura y superestructura de la sociedad vigente, ocultando las verdaderas tareas que debe encarar el proletariado revolucionario y supeditándolo a la última fanfarronada republicana del imperialismo español.

Hoy no hay Partido Comunista. El proletariado no está capacitado ideológica y políticamente para encabezar su Revolución. La solución ante este problema es según el revisionismo, mantener al proletariado en tal situación y engancharlo al movimiento burgués más *progresista* del momento: el republicano. Nuevamente el peso del movimiento se pone sobre el espontaneísmo en el que las masas obreras, a lo sumo, reaccionan una vez que ha movido ficha otra clase social. Siempre en la retaguardia del movimiento y siempre en la trinchera como carne de cañón una vez se ha iniciado la batalla. Así ven los revisionistas a las masas, sobre las que por cierto, tienen bastante menos incidencia que los revolucionarios del PCE a inicios de los años 30.

Ante el problema antedicho, el proletariado del Estado español no necesita ningún *14 de abril*, ni recordar junto a la burguesía imperialista una efeméride que no es de su clase, ni corresponde a sus aspiraciones revolucionarias.

La vanguardia comunista hoy tiene que luchar por la independencia ideológica del proletariado, por la reconstitución ideológica y política del Comunismo para así dotar a la clase

del organismo social que aúne la ideología de vanguardia con los intereses de las masas explotadas y les permita transformar la realidad mediante la praxis revolucionaria. Este no es un camino fácil, como no lo es la revolución, pero es el único que parte de la realidad de las carencias de nuestra clase y pugna por la reconstitución del movimiento de la misma como movimiento revolucionario; de la única forma posible, internamente, desde la concepción del mundo y la vanguardia, y no dejando la tareas de elevación ideológica y configuración política revolucionaria del proletariado en manos de las instituciones de la burguesía, como, por ejemplo, una futura asamblea constituyente y un parlamentarismo, ahora sí, *verdaderamente democrático*. Esto último es lo que pretenden, sin ningún sonrojo, los *marxista-leninistas* arrepublikanos.

Para tal labor de reconstitución revolucionaria es indispensable hacer un Balance del Ciclo de Octubre que nos capacite para sintetizar la experiencia de la lucha de clases en la teoría marxista y así emprender el camino de la Revolución Proletaria desde una posición más elevada, libres del pensamiento y la práctica burguesa que atraviesa las filas del *comunismo* republicano y que pretende condenar a nuestra clase a ser el Sísifo de la producción capitalista.

Movimiento Anti-Imperialista

14 de Abril 2011